

FUERZA DE MUJER

Carmina estaba sentada en el butacón, junto al gran ventanal que dejaba pasar toda la luz de la mañana y amortiguaba el ruido que la vida producía al otro lado de él. La claridad del día, reflejada en su pelo, le daba tonos de plata y nácar. Sobre la mesa, una radio apagada y el libro que había comenzado a leer, “Lo que el viento se llevó”. Su nieta se lo trajo como regalo de Reyes por que en alguna ocasión la escuchó decir que le encantó la película cuando la vio por primera vez en el cine, siendo novia del abuelo Mario. ¡Que tiempos aquellos!

Sintió un poco de frío, a pesar de que el brasero, encendido bajo la mesa camilla, abrigaba sus piernas. Este año el invierno estaba siendo especialmente crudo. Se levantó, poco a poco, sus huesos no le dejaban ir todo lo rápido que ella quisiera. Fue al dormitorio a por la pelerina para ponérsela sobre los hombros y volvió a acomodarse en su rincón favorito. Desde que murió su marido no sentía demasiado interés por salir y en ese lugar pasaba tranquilamente las horas.

En estos momentos estaba sola en casa. Su hija había ido a la compra. “Te dejo cerca el teléfono, por si me necesitas”, le dijo a la vez que le daba un beso antes de salir.

Necesitarla..., piensa con cierta melancolía. Siempre había sido ella quien cuidó de los demás desde que era una niña.

Cerró los ojos. Si alguien llegase en estos momentos pensaría que estaba dormitando. No era así. Solía adoptar esa posición cuando meditaba. Qué cómoda era su vida ahora y cuánto tuvo que luchar en su niñez, en su juventud, en su madurez... Y recordó a su padre, con un semblante muy serio, cuando le comunicó que no podría seguir yendo a la escuela. Aquellas palabras aún dejan en ella cierto sabor a desconsuelo e impotencia. ¿Por qué? ¡Le encantaba aprender! Disfrutaba cuando la maestra de aquella destartalada e improvisada escuela del barrio mandaba tareas para hacerlas en casa. O cuando les hablaba de su escritora favorita, Concepción Arenal, defensora del derecho de las mujeres a la educación para beneficio de la sociedad...

No hubo más remedio, el médico había dicho que su madre estaba enferma y necesitaba reposo. Ese fue el momento en el que su vida cambió por completo.

Así fue como, siendo tan sólo una niña con apenas 13 años, tuvo que tomar las riendas de una familia.

Una madre enferma, un padre labrador que pasaba el día, y a veces las semanas, en el campo, con hermanos pequeños a los que criar como si fuesen hijos, y varios días a la semana trabajar de planchadora en La Casa Grande. Después de todo era la mayor de los hermanos y era mujer.

Recuerda como veía a sus hermanos en la calle y cómo habría cambiado todo por salir con ellos a jugar y dar alguna patada a aquella vieja pelota, deformada por los golpes de la chiquillería. Hasta la única muñeca de trapo, que su madre le cosiera una tarde con un trozo de tela sobrante de un mandil, estaba “abandonada” sobre la silla del cuarto donde dormían todos los hermanos. Pensó en cómo le dolían entonces sus pequeñas manos a causa de las heridas ocasionadas con el cuchillo que no sabía utilizar, o por las grietas de los sabañones cuando llegaba el frío. Ahora le duelen por la artrosis. Abre los ojos un momento y las mira con pesar. En ellas ya no hay heridas, ni grietas a pesar del invierno, hoy están llenas de arrugas que marcan el paso del tiempo.

Seguro que alguna vez lloró de tristeza, aunque no por ella, si no por ver a su madre apagarse lentamente y notar el gran vacío que deja la soledad.

Luchó mucho durante toda su vida, pero le quedaba la satisfacción de haber cumplido con su deber. La cuidó todo el tiempo que la vida le concedió estar en ella. Y cuidó de sus hermanos, y les vio hacerse mayores y trabajadores. Y entonces ya pudo dejar de salir a planchar ropas ajenas, que “con las de casa ya es suficiente y ahora los chicos traen dinero para salir adelante”, dispuso su padre una tarde.

De pronto abre los ojos a la vez que sacude ligeramente la cabeza. No quiere seguir pensando en aquellos tiempos que le robaron su niñez y enciende la radio para distraerse. El locutor hablaba en esos momentos con una mujer. Era la portavoz del grupo de enfermeras del Hospital General. Al parecer, estaban llevando a cabo manifestaciones reivindicando una equiparación con los enfermeros en el salario y en los turnos de guardia.

A lo largo de su vida mucho ha oído hablar de la mujer trabajadora y de la lucha por sus derechos.

A ella le hubiera gustado irse a Madrid y trabajar en una fábrica como su amiga Alberta. Esta, cuando venía al pueblo siempre buscaba un rato para visitarla y contarle cosas de la capital, de cómo era la gente de allí, y las casas, y

las calles. Y cómo iban vestidas las chicas como ellas ¡Usaban carmín y polvos para la cara! Le hablaba de todo con un entusiasmo tan arrollador que la contagiaba.

Pero, para Carmina, lo más interesante era cuando Alberta le contaba cómo se movilizaban por allí las mujeres trabajadoras. Por aquella época hubo grandes movimientos feministas y luchas por los derechos de la mujer. Le hablaba de unas compañeras de la fábrica que animaban a las demás a manifestarse para conseguir jornadas laborales más reducidas, o salarios iguales a los de los compañeros. Alberta le refirió en una ocasión haberse enterado por su compañera de piso Teresa, una estudiante de derecho, cómo estaban intentando reformar el Código Civil para eliminar artículos que perjudicaban a la mujer y equipararlas a los hombres, sobre todo en ámbitos como el de la educación o el trabajo. Le contaba que se estaban formando también Asociaciones de Amas de Casa y que, un domingo de esos en los que no venía al pueblo, paseando por El Retiro con Teresa, ésta le había presentado a una chica que trabajaba al servicio de una persona muy relevante, una tal Clara Campoamor, ya en el ocaso de su vida, pero que en su juventud había luchado por los derechos de la mujer y que, según su amiga le dijera, fue la que consiguió que las mujeres pudiesen votar.

Cómo le entusiasmaba todo lo que le contaba Alberta. Sus palabras le hacían vivir historias apasionantes de las que nunca podría formar parte. Por el pueblo también se oían rumores de revueltas, pero eran de hombres, de los jornaleros de La Casa Grande.

Un día, Alberta vino cambiada, en su aspecto y en sus modales. Ya no le hablaba de modo risueño y jovial, si no de manera más sensata, más seria, más firme en sus pensamientos e ideas. Ese día le reveló un secreto, había comenzado a formar parte de aquel grupo de mujeres que luchaban por sus derechos..." ¡Y por los tuyos también, Carmina!", le había dicho muy animada.

El teléfono sonó y la distrajo de sus pensamientos. Era su yerno avisando que llegaría un poco más tarde a comer.

Agradeció haber tenido cerca el aparato.

Afuera, en la calle, había comenzado a llover. En días como estos, algo melancólicos, era cuando más le gustaba a ella ir a la sede de la Asociación a la que se afilió cuando el tiempo y la familia le permitieron un descanso. Lo primero que hizo fue inscribirse en el aula de "Cultura General" para retomar lo que hubo

de abandonar tantos años atrás. Por aquél entonces, el pequeño de sus hijos acababa de matricularse en la Universidad. Ya podía dedicar el tiempo a ella.

Con que ilusión compró el cuaderno, el plumier y todo lo demás.

Los logros conseguidos por aquellas mujeres tan valientes y tan luchadoras de las que le hablaba Alberta, son de los que se beneficiaron las mujeres que, como ella, no llegaron a salir del pueblo y sin embargo, de algún modo, también lucharon y aprendieron, sin que nadie las enseñase, a ser juristas, educadoras, enfermeras, cocineras, administrativas...Y por si eso era poco, Cuentacuentos y vigilantes nocturnos. A ella le había tocado ser todo eso, primero con sus padres y hermanos, más tarde con su marido e hijos.

Oye la puerta de la calle al abrirse. Acaba de llegar Clara. Puso ese nombre a su hija en honor a aquella mujer valiente que consiguió tanto para su género. Ahora irá a la cocina y la ayudará con la comida. Esta semana tiene turno de tarde en el hospital donde trabaja y seguro que va con el tiempo justo.

Piensa, feliz, que Clara es la heredera de las batallas ganadas gracias a todas aquellas revueltas y conflictos, y a la perseverancia de mujeres como su amiga Alberta.

¡Pero... aún queda tanto por hacer!

PILAR RODRÍGUEZ DE LOS SANTOS SERRANO